*Paradojas de un mundo en transición**

Patricia Galeana

Somos testigos presenciales, y en cierta medida actores, no sólo del fin de un siglo sino del fin de una era. Las diversas estructuras de la época que finaliza han entrado en crisis, mientras que las estructuras emergentes aún no se consolidan.

Vivimos la transición entre dos grandes etapas históricas. El año de 1989 marcó el inicio del cambio. Mientras se celebraba el bicentenario de la revolución francesa —que diera origen a los Estados nacionales—, el historiador Francois Fouret "repensaba la revolución francesa" y proponía superar el esquema de cambio de estructuras por medio de la violencia.

El éxito de la *perestroika* y la *glasnost* hasta ese momento en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas alentó la esperanza de iniciar una nueva era de transiciones pacíficas. La caída del muro de Berlín llevó a algunos al clímax del optimismo, con la confianza de poder superar los resabios de la posguerra y entrar en un periodo de conciliación.

La "revolución de terciopelo" en Checoslovaquia y los cambios en Bulgaria y Polonia parecieron seguir la misma línea.

No obstante, la guerra del Pérsico por una parte y la desintegración del bloque socialista y de la URSS por la otra, acabaron con la estructura bipolar y con el optimismo. Los dividendos que se esperaban para la paz no sólo no se han dado, sino que por el contrario, en 1992 hubo más conflictos militares que en cualquiera de los anteriores años de la guerra fría. Frente a los llamados en pro del desarme —de países pacifistas como México— continúan proliferando los conflictos armados.

Subsisten diversos focos de tensión por los enfrentamientos locales, así como por el mantenimiento de la competencia internacional entre las diversas potencias; todo lo cual pone ante nosotros un escenario mundial de mayor complejidad, que el anterior al mundo bipolar.

La nueva realidad es la de otra posguerra. La posguerra fría. Fueron tantas y tan graves las tensiones precedentes; fue tal el temor —fundado— de un guerra de extinción total, que el tránsito hacia nuevos entendimientos no nos ha encontrado exentos de desafíos y ajenos

* Conferencia sustentada en la Universidad de Colima el 7 de septiembre de 1993.



a frustraciones. Han cambiado las condiciones imperantes, pero no han variado los principales actores.

La anunciada "aldea global" de Marshall MacLuhan es ahora una realidad. Por vez primera la historia es verdaderamente universal; todos los procesos y todos los fenómenos producidos por los distintos pueblos del mundo se encuentran entrelazados, aunque en una primera aproximación parezcan ajenos y alejados.

El viejo orden internacional ha desaparecido y el nuevo está en gestación. Caduca un orden cifrado en la razón de la fuerza y queremos construir otro basado en la fuerza de la razón. Una vez más la racionalidad del poder, que permitió el tránsito del autoritarismo a la democracia en el mundo, parece ser la clave para transcurrir de las hegemonías a las conciliaciones.

Encontrados procesos entre el globalismo y el regionalismo de bloques comerciales que pretenden cerrarse, así como entre el libre comercio y el proteccionismo, son aspectos fundamentales del contexto mundial de la actualidad y una de las paradojas de mayor relieve en nuestro tiempo.

Por una parte, las economías nacionales son cada vez más parte de un sólo engranaje mundial como consecuencia de los avances sin precedente en los campos de la biotecnología, la electrónica, la robótica y las comunicaciones. Sin embargo, frente a tal tendencia globalizadora de ruptura de fronteras geográficas encontramos, en sentido opuesto, la tendencia a la formación de bloques económicos regionales que pueden

constituirse en fortalezas políticas y económicas excluyentes de otras zonas geográficas de amplia competencia e incluso en abierta guerra económica.

En suma, el mundo dividido entre socialismo y capitalismo está siendo remplazado por otro dividido en bloques regionales altamente competitivos.

Al mismo tiempo, mientras avanzan los procesos de integración, en diversas regiones del mundo reaparecen nacionalismos fragmentadores, al igual que un proceso de desideologización que permite el resurgimiento de dogmatismos religiosos, racismo y xenofobia. Frente a los alardes tecnológicos reviven enfermedades endémicas y avanza la miseria.

Constatamos la proliferación de microestados y la creciente participación de actores no estatales en el escenario mundial. Los sectores privados de las naciones intervienen ampliamente y de manera activa en las cuestiones de carácter internacional. Empresas transnacionales, organismos no gubernamentales y partidos políticos han dado vida al fenómeno de privatización de las relaciones internacionales.

Una paradoja más puede encontrarse en la denominada oposición de geoeconomía con geopolítica, y si hace algunos meses parecía inevitable el triunfo de la primera sobre la segunda, nadie se atrevería en nuestros días a dar un vaticinio seguro acerca del resultado final de este enfrentamiento.

Asimismo, existe una creciente tensión entre la integración que es requerida para la satisfacción de necesidades materiales y la particularización que es necesaria para satisfacer necesidades intangibles como las intelectuales, las ideológicas, las religiosas y las políticas.

En un mundo independiente donde debe prevalecer la cooperación, subsiste en buena medida el aislamiento y se mina la esencia de las relaciones internacionales: el respeto a la soberanía con el surgimiento de un llamado "derecho a la injerencia".

Si la interdependencia genera la supremacía del todo sobre sus partes, la soberanía busca la supervivencia del Estado-nación; es el reclamo por el mantenimiento de la autonomía y el derecho a la otredad, como una estrategia para evitar el surgimiento de nuevos intervencionismos que en el fondo no son sino manifestaciones de esquemas uniformizantes, que buscan un sólo patrón de comportamiento.

Evidentemente todo esto ha conducido a no pocos países al dilema de cooperar o aislarse, que es a fin de cuentas una paradoja más a pesar de que hay pleno consenso de que ningún actor de las relaciones internacionales por sí mismo puede lograr la creación de un orden mundial justo y equitativo, que es la utopía que la humanidad aspira a transformar en realidad.

La intensa dinámica del cambio mundial en el que estamos inmersos exige un enorme esfuerzo de información, análisis y evaluación de la coyuntura actual. Las diversas transformaciones del orden internacional presentan dicotomías y paradojas no resueltas que mantienen un clima de incertidumbre.

Toda época de transición produce rupturas tanto en los esquemas de comportamiento como en los de interpretación teórica. La nuestra no es la excepción. Los modelos con los que interpretamos el mundo durante mucho tiempo han dejado de tener vigencia. Ello nos obliga a buscar nuevas fórmulas de explicación y análisis. La crisis de los paradigmas teóricos plantea la ineludible necesidad de crear otros esquemas de interpretación de los que por cierto ha estado ayuno nuestro siglo. ♦